El tratado naval

Arthur Conan Doyle (1859 - 1930)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual). Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

El tratado naval

Arthur Conan Doyle (1859 - 1930)

El primer mes de julio después de mi matrimonio se hizo memorable por tres casos interesantes en los que yo tuve la suerte de estar asociado con Sherlock Holmes y de estudiar sus métodos. Los encuentro registrados en mis notas bajo los encabezamientos de La aventura de la segunda mancha, La aventura del Tratado naval y La aventura del capitán cansado. Pero el primero de estos casos se refiere a intereses de tan gran categoría, e implica en sí a tantas de las familias más distinguidas del reino, que será imposible hacerlo público durante muchos años. Sin embargo, ningún otro de los casos de que se ocupó Holmes sirvió tanto como ése para ilustrar el valor de sus métodos analíticos, ni ha causado impresión tan profunda en quienes estuvieron relacionados con dicho señor. Conservo todavía un relato casi verbal de la entrevista en que Holmes demostró los hechos auténticos de ese caso a monsieur Dubuque, de la Policía de París, y a Fritz von Waldbaum, el afamado especialista de Dantzig, personajes ambos que habían malgastado sus energías persiguiendo soluciones que resultaron accesorias. Sin embargo, para cuando pueda relatarse sin peligro esa historia habrá llegado ya el nuevo siglo. Mientras tanto, voy a pasar al caso segundo de mi lista, que en un momento dado prometió también adquirir importancia nacional, y que fue señalado por varios incidentes que le dan un carácter completamente único.

Sherlock Holmes ...

Alto, delgado, de nariz aguileña, poco emocional, irónico, ingenioso e intelectualmente inquieto... el detective de ficción más famoso en el mundo entero, obra del escritor británico Arthur Conan Doyle

- **Biografía de A.C. Doyle**
- **La figura de Sherlock Holmes**
- **Más cuentos de A.C.Doyle**

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

En mis años escolares estuve yo íntimamente relacionado con un muchacho que se llamaba Percy Phelps, que tenía, más o menos, mi edad, aunque iba dos clases más adelantado que yo. Era un joven muy despejado, y se llevaba cuantos premios ofrecía la escuela, acabando sus hazañas con la conquista de una beca, que le envió a proseguir su triunfal carrera en Cambridge. Recuerdo que estaba extraordinariamente bien emparentado, e incluso cuando éramos todos unos muchachitos sabíamos que el hermano de su madre era lord Holdhurst, el gran político conservador. Tan vistoso parentesco le benefició poco en la escuela; al contrario, nosotros encontrábamos un placer especial en mortificarle en el campo de juego y en darle con un wicket en las espinillas. Pero cuando entró en el mundo la cosa varió. Me enteré confusamente de que su talento y su influencia le habían valido un buen cargo en el Foreign Office, y desde entonces ya no volví a pensar en él hasta que la siguiente carta me recordó su existencia

«Briarbrae, Woking.

»Mi querido Watson: No dudo de que te acordarás del renacuajo Phelps, que estudiaba el quinto cuando tú estabas en el tercero. Es, incluso, posible que te hayas enterado de que, gracias a la influencia de mi tío, logré un buen cargo en el Foreign Office, y que ocupaba un puesto de confianza y de honor hasta que una horrenda desgracia agostó súbitamente mi carrera.

»De nada sirve dar detalles por escrito del espantoso suceso. Es probable que, si accedes a mi solicitud, tenga que relatártelo. Acabo justamente de recobrarme después de nueve semanas de fiebre cerebral, y me encuentro extraordinariamente débil. ¿Crees que te seria posible venir a visitarme trayendo en tu compañía a tu amigo el señor Holmes? Me gustaría escuchar su opinión acerca de mi caso, aunque las personas de autoridad me aseguran que ya no es posible hacer nada más. Esfuérzate por traerlo en tu compañía lo antes posible. Cada minuto que pasa se me antoja una hora mientras vivo en esta horrenda incertidumbre.

Asegúrale que si no he solicitado antes su consejo, no ha sido porque no apreciase su talento, sino porque no he andado bien de la cabeza desde que cayó el golpe sobre mí. Pero ya me encuentro otra vez sereno, aunque no me atrevo a pensar demasiado en el asunto por miedo a una recaída. Me encuentro tan débil, que, como verás, tengo que dictar mi carta. Procura conseguir el traerlo contigo.

»Tu viejo compañero de escuela,

Percy Phelps.»

Hubo algo que me conmovió en la lectura de esta carta, algo que excitaba la compasión en las reiteradas peticiones de que llevase conmigo a Holmes. Tan conmovido estaba yo, que lo habría intentado, aunque se tratase de una empresa difícil; pero, como es natural, yo

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

sabía perfectamente que Holmes estaba tan encariñado con su profesión, que siempre se encontraba tan dispuesto a llevar su ayuda como su cliente pudiera encontrarse dispuesto a recibirla. Mi esposa estuvo de acuerdo conmigo en que no podía perderse un instante en plantear a Holmes el asunto; por eso, antes de que transcurriese una hora desde el desayuno, me encontré una vez más de regreso en mis viejas habitaciones de Baker Street.

Estaba Holmes sentado a su mesa lateral, vestido con su batín y entregado de lleno a una investigación química Una retorta grande, encorvada, hervía furiosamente a la azulada llama de un calentador Bunsen, y las gotas destiladas iban cayendo en una medida de dos litros. Apenas si mi amigo levantó la vista cuando yo entré, y yo, dándome cuenta de que su investigación era, sin duda, importante, me senté en un sillón y esperé. Holmes metía su probeta de cristal tan pronto en una botella como en otra, sacando algunas gotas de cada una y, por último, colocó encima de la mesa un tubo de ensayo que contenía una solución. Tenía en su mano derecha una tira de papel tornasolado.

-Llega usted en el momento de la crisis, Watson -me dijo-. Si este papel permanece azul, todo va bien. Si se vuelve encarnado, eso equivale a la vida de un hombre.

Metió el papel dentro del tubo de ensayos, y en el acto se revistió de un color granate, apagado y sucio.

-¡Ejem! ¡Me lo imaginaba! -exclamó-. Estaré a sus órdenes dentro de un instante, Watson. Encontrará usted el tabaco dentro de la zapatilla persa.

Se dirigió a su mesa de escritorio y garrapateó varios telegramas, que luego entregó al botones. Acto continuo se dejó caer en el sillón que había enfrente del mío, y levantó sus rodillas hasta que los dedos de sus manos se cerraron alrededor de sus largas y delgadas espinillas.

-Un pequeño asesinato de tipo muy vulgar -dijo-. Me imagino que usted me trae algo mejor. Es usted, Watson, el ave de las tormentas. ¿De qué se trata?

Le entregué la carta, que él leyó con toda su atención reconcentrada.

-No nos dice gran cosa, ¿verdad? -comentó, al devolvérmela.

-Nada apenas.

-Sin embargo, la letra es interesante.

-Pero la letra no es la suya.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-Precisamente. Es letra de mujer.

-Es de un hombre, no es posible negarlo -exclamé yo.

-No, es letra de mujer, y de una mujer de extraordinario carácter. Comprenda usted que en los comienzos de una investigación tiene alguna importancia el saber que el cliente se halla en estrecho contacto con alguien de índole excepcional, para el mal o para el bien. Este caso ha despertado ya mi interés. Si usted está listo, nos pondremos al instante en camino para Woking, y visitaremos a este diplomático que se encuentra en tan mala situación y a la señora a quien el dicta sus cartas.

Tuvimos la buena suerte de alcanzar uno de los primeros trenes que salían de Waterloo, y en algo menos de una hora nos encontramos entre los bosques de abetos y los brezales de Woking. Briarbrae resultó ser una gran casa aislada que se levantaba en el interior de un extenso parque, a pocos minutos de camino de la estación. Al pasar nuestras tarjetas, nos introdujeron en una sala elegantemente dispuesta, donde vino a reunírsenos, algunos minutos después, un hombre bastante corpulento, que nos recibió con gran hospitalidad. Andaría más cerca de los cuarenta que de los treinta años, pero sus mejillas eran tan coloradas y sus ojos tan alegres, que daba todavía la impresión de un muchacho regordete y pícaro.

-Me alegro de que hayan venido -nos dijo, estrechando nuestras manos efusivamente-. Percy no ha dejado en toda la mañana de preguntar por ustedes. Pobre muchacho, que se aferra aunque sea a una paja.

Su padre y su madre me rogaron que me entrevistase con ustedes, porque la simple mención del asunto les resulta dolorosa.

-Hasta ahora no se nos han dado detalles -hizo notar Holmes- Por lo que veó, usted no es un miembro de la familia

Nuestro nuevo conocido pareció sorprenderse, y luego, bajando la vista, empezó a reírse.

-Naturalmente, usted vio el monograma J. H. en mi medallón -dijo-. Creí de momento que el haberlo adivinado era un golpe de efecto suyo. Me llamo Josep Harrison y, como Percy se va a casar con mi hermana, emparentaré con ellos por lo menos políticamente. Encontrará usted a mi hermana en la habitación de Percy, porque lleva dos meses cuidándolo en todo. Quizá sea lo mejor que vayamos allí en seguida, porque yo sé todo lo impaciente que está.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

La habitación donde nos llevaron se hallaba situada en la misma planta que la sala. Hallábase amueblada, en parte, como cuarto de estar, y en parte, como dormitorio, y había flores delicadamente colocadas en todos los ángulos y rincones. Sobre un sofá, próximo a la ventana abierta, estaba tendido un hombre joven, muy pálido y demacrado; entraban por ésta los ricos perfumes del jardín y el aire veraniego embalsamado. Al lado del joven se hallaba sentada una mujer, que se puso en pie al vernos entrar, diciendo:

-¿Debo retirarme, Percy?

El la agarró de la mano para que no lo hiciese.

-¿Cómo estás, Watson? -dijo con mucha cordialidad-. No te habría reconocido jamás con ese bigote, y creo que tú tampoco habrías jurado que yo soy aquél. Supongo que este caballero es tu célebre amigo el señor Sherlock Holmes, ¿verdad?

Hice la presentación en breves palabras, y ambos tomamos asiento. El individuo robusto nos había dejado, pero su hermana se quedó, con su mano en la del inválido. Era mujer de aspecto llamativo, demasiado baja y gruesa para ser simétrica, pero con un hermoso cutis aceitunado, ojazos negros de italiana y un tesoro de cabellos negrísimos. La pálida cara de su acompañante resultaba más cansada y macilenta por contraste con las ricas tonalidades de ella.

-No les haré perder el tiempo -dijo, incorporándose en su sofá-. Me zambulliré en el tema sin preámbulos.

Yo, señor Holmes, era un hombre feliz y al que acompañaba el éxito, estando en vísperas de contraer matrimonio, cuando una terrible desgracia hizo zozobrar todas las perspectivas de mi vida. Estaba, como ya Watson le habrá informado, en el Foreing Office, y gracias a la influencia de mi tío, lord Holdhurst, alcancé rápidamente un cargo de responsabilidad. Cuando mi tío desempeñó el cargo de ministro del Exterior de este Gobierno, me encargó de varias misiones de confianza, que siempre llevé a cabo felizmente, debido a lo cual, llegó a tener la máxima fe en mi habilidad y en mi tacto. Hará diez semanas (para ser más exacto, el veintitrés de mayo) me llamó a su despacho particular, y, después de felicitarme por lo bien que había trabajado, me comunicó que me tenía reservada otra misión de confianza que yo debería llevar a cabo. «Este -me dijo, mostrándome un rollo gris de papel que tomó de su escritorio- es el original del Tratado secreto entre Italia e Inglaterra, acerca del cual, lamento decirlo, han circulado ya algunos rumores en los periódicos. Es de enorme importancia que no se filtre ningún otro dato. Las embajadas de Francia y de Rusia pagarían sumas enormes por conocer el contenido de estos documentos. No saldrían de mi despacho si no fuera absolutamente indispensable sacar copias de los mismos. ¿Tienes una mesa escritorio propia en tu oficina?» «Sí, señor.» «Pues entonces, hazte cargo del Tratado y ciérralo en ella con llave. Yo daré instrucciones para que puedas quedarte después que los

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

demás se retiren, a fin de que tengas ocasión de copiarlo con comodidad, sin miedo a que nadie mire lo que estás haciendo. Cuando hayas terminado, cierra otra vez con llave el original y la copia, y entrégamelos mañana por la mañana personalmente.» Me hice cargo de los documentos y...

-Perdone un instante -dijo Holmes-. ¿Estaban ustedes solos durante esta conversación?

-Absolutamente solos.

-¿Es una habitación espaciosa?

-Treinta pies por treinta.

-¿En el centro de la misma?

-Sí, poco más o menos.

-¿Y hablaban en voz baja?

-La voz de mi tío ha sido siempre notablemente baja- Yo apenas hablé.

-Gracias -dijo Holmes, cerrando los ojos-. Prosiga, por favor.

-Hice exactamente lo que él me había indicado, y esperé a que los demás escribientes se marchasen. Uno de los que trabajaban en mi misma oficina, Charles Gorot, tenía algunos trabajos retrasados que poner al día; lo dejé, pues, haciéndolos y me marché a comer. Cuando regresé, ya él se había marchado. Yo tenía prisa en hacer mi trabajo porque sabía que Joseph, el señor Hamson, con el que acaban ustedes de hablar, estaba en Londres y que vendría a Woking con el tren de las once. Yo quería, si era posible, alcanzar ese tren. Cuando me puse a leer el Tratado, comprendí en seguida que mi tío no se había hecho culpable de exageración en lo que me había dicho. Sin entrar en detalles, puedo decir que en él se definía la posición de la Gran Bretaña hacia la Triple Alianza, previéndose la actitud que nuestro país adoptaría en el caso de que la flota francesa adquiriese una superioridad completa sobre la de Italia en el Mediterráneo. Las cuestiones en ella tratadas eran puramente navales. Al pie del documento estaban las firmas de los altos dignatarios que lo habían firmado. Eché un vistazo a todo y me puse a la tarea de copiar. Era un documento largo, escrito en francés y que abarcaba veintiséis artículos distintos. Lo copié todo lo rápidamente que pude, pero a las nueve de la noche sólo llevaba hechos nueve artículos, y parecía inútil que pensase en alcanzar mi tren. Me sentía amodorrado y atontado, en parte, por efecto de la comida, y en parte, por efecto de un largo día de trabajo. Una taza de café me aclararía el cerebro. Durante toda la noche permanece de guardia un ordenanza en una casilla que hay al pie de la escalera, y suele preparar el café en su lámpara de alcohol para

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

los funcionarios que estén trabajando horas extraordinarias. Tiré, pues, de la campanilla, para que acudiese. Con gran sorpresa mía, la que acudió fue una mujer grandota, de cara ordinaria y entrada en años, vestida con un delantal. Me dijo que era la mujer del ordenanza, que hacía los trabajos de limpieza, y yo le encargué el café.

Copié otros artículos y, sintiéndome más soñoliento que nunca, me levanté y me paseé por la habitación para estirar las piernas. Mi café no había llegado todavía y yo empecé a preguntarme a qué obedecería aquel retraso. Abrí la puerta, y me lancé pasillo adelante para averiguarlo. De la habitación en que yo había estado trabajando arrancaba un pasillo débilmente iluminado, sin que tuviese ésta otra salida El pasillo desemboca en una escalera en curva, y la casilla del ordenanza está en el corredor que hay al pie de la escalera. A mitad de la escalera hay un rellano, en el que desemboca otro pasillo, formando ángulo recto. Este segundo pasillo conduce, por otra pequeña escalera, a una puerta lateral destinada a la servidumbre, y de la que se sirven también como de atajo los empleados que vienen de Charles Street. Aquí tiene un esbozo tosco del lugar.

-Gracias. Creo que voy siguiéndole perfectamente-dijo Sherlock Holmes.

-Es de la máxima importancia que usted repare en este detalle. Descendí por la escalera al vestíbulo encontrándome al ordenanza completamente dormido en su casilla, mientras el agua de la cafetera hervía furiosamente encima de la lámpara de alcohol, hasta el punto de verterse por el suelo. Alargué mi mano, y estaba a punto de zarandear al hombre, que dormía profundamente, cuando resonó con fuerza encima de su cabeza una campanilla, y él se despertó sobresaltado. «¡Señor Phelps, señori», exclamó, mirándome con asombro. «Bajé para ver si está listo mi café.» «Había puesto la cafetera a hervir y me quedé dormido, señor.» Me miró a mí, y miró luego a la campanilla que vibraba aún, y el asombro fue haciéndose cada vez mayor en su rostro, hasta que preguntó: «Pero, señor, si usted está aquí, ¿quién ha tocado la campanilla?» «¡La campanilla! ¿Qué campanilla es ésa?», le dije yo. «La de la habitación en que usted estaba trabajando.» Sentí como si una mano helada me apretase el corazón. Alguien estaba en la habitación en la que yo había dejado sobre la mesa el precioso documento. Eché a correr como loco escaleras arriba y por el pasillo adelante. No había nadie en el corredor, señor Holmes. No había nadie en la habitación. Todo estaba tal y cual yo lo había dejado, salvo que los documentos que me habían sido confiados habían desaparecido de la mesa en que estaban. La copia seguía allí, pero el original se lo habían llevado.

Holmes se irguió en su asiento y se frotó las manos. Me di cuenta de que aquel problema era de los que a él le gustaban.

-Vamos a ver, ¿y qué hizo usted entonces? -murmuró.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-Comprendí en el acto que el ladrón tenía que haber subido por la escalera de la puerta lateral. De haber subido por el otro camino, yo habría tenido que tropezarme con él.

-¿Está usted bien seguro de que no pudo durante todo ese tiempo estar escondido en la misma habitación o en el pasillo que, según usted lo ha descrito, se hallaba débilmente alumbrado?

-Ambas cosas son absolutamente imposibles. Ni siquiera una rata podía esconderse en el cuarto o en el pasillo. No existe escondite alguno.

-Gracias. Siga usted.

-El ordenanza, adivinando por mi palidez que algo había que temer, me siguió escaleras arriba. En seguida salimos ambos corriendo por el pasillo y bajamos por la empinada escalera que conduce a Charles Street. La puerta que hay al pie estaba cerrada, pero sin echar la llave. La abrimos de par en par y nos lanzamos fuera. Recuerdo con toda claridad que, en el momento de abrirla, sonaron tres campanadas en una iglesia de la vecindad. Eran las diez menos cuarto.

-Eso tiene una importancia enorme -dijo Holmes, haciendo una anotación en el puño de su camisa

-La noche era muy oscura, y caía una llovizna tibia No se veía a nadie por Charles Street, aunque, allá en su extremidad, por Whitehall, el movimiento era, como siempre, muy grande. Tal como estábamos, con las cabezas descubiertas, echamos a correr, por la acera adelante, hasta el final de la calle, donde tropezamos con un guardia que estaba allí en pie. «Se ha cometido un robo -le dije jadeante-. Ha sido robado del Foreing Office un documento de inmenso valor. ¿Ha pasado alguien por aquí?» -Llevo sin moverme un cuarto de hora, señor -me contestó-. En todo ese tiempo sólo ha pasado una persona, una mujer alta y ya de edad, con un chal de Paisley.» «¡Esa no es otra que mi mujer! -exclamó el ordenanza-. ¿No ha pasado nadie más?» «Nadie.» «Pues entonces el ladrón debió de tomar la otra dirección», gritó el ordenanza, tirándome de la manga. Pero yo no quedé convencido, y los esfuerzos que él hacía para apartarme de allí no hicieron otra cosa que aumentar mis sospechas. «¿Hacia dónde tiró la mujer?», dije yo, excitado. «Lo ignoro, señor. La vi pasar, pero no tenía motivos especiales para fijarme en ella Parecía llevar prisa.» «Cuánto hace de eso? .» «Hará pocos minutos.» «¿Menos de cinco?» «Eso es, más de cinco no hará.» «Señor, está usted perdiendo el tiempo, y cada minuto es ahora de importancia -exclamó el ordenanza-. Hágame caso, porque mi mujer nada tiene que ver en el asunto; vámonos al otro lado de la calle. Si usted no quiere venir, iré yo.» Y echó a correr en la otra dirección. Pero yo corrí tras, él inmediatamente y le sujeté la manga, preguntándole: «dónde vive usted?» «En Ivy Lane, número dieciséis, Brixton -me contestó-; pero no se deje usted arrastrar por una pista falsa, señor Phelps. Vamos al otro lado de la calle y veamos si nos

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

enteramos de algo.» Nada se perdía siguiendo su consejo. Nosotros dos y el guardia corrimos hacia el otro extremo, pero sólo descubrimos una calle de gran movimiento, con mucha gente que iba y venía, pero todos anhelando llegar a un lugar de refugio en una noche tan húmeda No había por allí ningún ocioso que pudiera informarnos de las personas que habían pasado. Regresamos después al Ministerio, registrando las escaleras y el pasillo sin resultado alguno. El que conduce hasta las oficinas está alfombrado con una especie de linóleo cremoso, en el que se señalan con gran facilidad las pisadas. Lo revisamos cuidadosamente, sin encontrar ninguna huella.

-¿No había estado lloviendo toda la noche?

-Desde las siete, más o menos.

-¿Cómo pudo ser, pues, que la mujer que entró en la oficina a eso de las nueve no dejase las huellas de sus botas embarradas?

-Me alegro de que haya suscitado usted ese punto. También a mí se me ocurrió en aquel instante. Las asistentas acostumbran quitarse las botas en la casilla del ordenanza, y se calzan allí zapatillas.

-Eso está muy claro. No había, pues, huellas, aunque la noche era lluviosa, ¿no es cierto? Desde luego, la cadena de los hechos resulta de extraordinario interés. ¿Y qué hizo usted acto continuo?

-Examinamos también mi oficina. No hay en ella posibilidad de que exista una puerta secreta, y las ventanas están a sus buenos treinta pies de altura del suelo. Las dos estaban, además, cerradas por dentro. La alfombra elimina, así mismo, toda suposición de un escotillón, y el techo es de los corrientes, enjalbegados.

Yo me jugaría la vida a que quien robó mis papeles sólo pudo entrar por la puerta del despacho.

-¿.Y qué me dice usted de la chimenea?

-No la hay. Nos servimos de una estufa El llamador de la campanilla cuelga de su alambre a la derecha misma de mi mesa escritorio. El que llamó, fuese quien fuese, tuvo que llegarse hasta mi escritorio para hacerlo. Pero ¿cómo se le ocurrió al criminal tirar del llamador de la campanilla? Es un misterio de lo más insoluble.

-Desde luego, ese incidente se sale de lo vulgar. ¿Qué otros pasos dio usted? Me imagino que si examinó la oficina lo haría en busca de las huellas que hubiera podido dejar

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

el ladrón: una colilla, por ejemplo; un guante, una horquilla o cualquier otra menudencia, ¿no es así?

-No encontramos nada de eso.

-¿Ni olía a nada?

-No caímos en ese detalle.

-Pues nos habría servido muchísimo en esta investigación el humillo del tabaco.

-Como yo no fumo nunca, creo que si hubiese olido a tabaco lo habría advertido. No había allí rastro de ninguna clase. La única realidad tangible era que la mujer del ordenanza, cuyo apellido es señora Tangey, se había ausentado con prisas de allí. Su marido no pudo dar otra explicación sino la de que era, más o menos, la hora en que su mujer se marchaba siempre a casa. El guardia y yo convinimos en que el plan mejor consistía en detener a la mujer antes que pudiera desembarazarse de los documentos, dando por supuesto que era ella quien había de tenerlos. Entonces había llegado ya la alarma a Scotland Yard, y el detective Forbes vino inmediatamente y tomó en sus manos el caso con gran actividad. Alquilamos un coche y antes de media hora nos encontrábamos en la dirección que se nos había dado. Nos abrió la puerta una mujer joven, que resultó ser la hija mayor de la señora Tangey. No había regresado su madre todavía, y nos pasó a la habitación delantera a fin de que la esperásemos. Unos diez minutos más tarde llamaron a la puerta, y fue entonces cuando yo cometí la única equivocación seria que me echo en cara. En lugar de abrir la puerta nosotros mismos, dejamos que la abriera la joven. Le oímos que decía «Madre, hay dos hombres dentro, esperándola», y acto seguido oímos un pataleo de pies que huían hacia el fondo del pasillo. Forbes abrió de golpe la puerta, y ambos corrimos hacia el cuarto posterior, es decir, la cocina; pero la mujer había llegado antes. Nos miró con ojos desafiadores, pero de pronto me reconoció, y puso cara de absoluto asombro.

«¡Pero si es el señor Phelps, de la oficina!», exclamó. «¿Y quién creyó que éramos cuando huyó?», le preguntó mi acompañante. «Pensé que eran los agentes de embargo -contestó-. Hemos tenido algunas dificultades con un comerciante.»

«Esa no es explicación suficiente -contestó Forbes-. Tenemos razones para creer que ha sustraído usted un documento importante del Foreing Office, y que si usted corrió fue para desembarazarse del mismo. Tiene usted que venir con nosotros a Scotland Yard para que la registren.» Fue en vano que ella protestase y se resistiese. Se hizo venir un coche de alquiler de cuatro ruedas, y los tres volvimos en el mismo. Habíamos antes registrado la cocina y, especialmente, el hogar de la misma, por si se había desprendido de los papeles mientras estuvo sola. No había, sin embargo, rastros de cenizas ni de pedazos Una vez llegados a Scotland Yard, fue puesta inmediatamente en manos de la matrona. Esperé con

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

intranquilidad angustiosa a que ésta volviese con el informe. No había rastro alguno de los documentos Entonces se me representó por vez primera y con toda su fuerza lo horrible de mi situación. Hasta ese momento había estado actuando y la acción había entorpecido el pensamiento. Era tal mi confianza en recuperar el Tratado, que ni siquiera me había atrevido a pensar en cuáles serían las consecuencias si no lo conseguía. Pero ya nada quedaba por hacer, y tuve ocasión de darme cuenta de cuál era la situación en que me encontraba. ¡Era horrible! Watson, que está aquí presente, podrá decirle que en la escuela era yo un muchacho nervioso y sensible. Tal es mi condición. Pensé en mi tío y en sus colegas de Gabinete, en la vergüenza que yo le había acarreado a el y a todos mis parientes.

¿Qué importa que hubiese sido yo víctima de un accidente extraordinario? Cuando los intereses diplomáticos están en juego, de nada sirve alegar accidentes. Estaba arruinado: vergonzosa e irremediablemente arruinado. No sé lo que hice. Supongo que daría un espectáculo.

Conservo un confuso recuerdo de un grupo de funcionarios que me rodeaba intentando consolarme. Uno de ellos vino en coche conmigo hasta la estación de Waterloo y me metió en el tren para Woking. Creo que hubiera venido acompañándome hasta mi casa, de no haber sido porque el doctor Ferrier, que vive cerca, venía con el mismo tren. El doctor se hizo cargo de mí bondadosamente, y fue una suerte, porque me dio un ataque en la estación, y cuando llegamos a mi casa era yo en realidad un loco furioso. Puede usted imaginarse lo que en ésta ocurriría cuando la llamada del doctor a la puerta hizo que todos se levantaran de la cama encontrándome en semejante estado. Mi pobre Annie, aquí presente, y mi madre quedaron desconsoladas. El doctor Ferrier había oído lo suficiente de boca del detective en la estación para poder dar una idea de lo que había ocurrido, y lo que él contó no contribuyó a mejorar las cosas. Todos comprendieron que yo tenía enfermedad para mucho tiempo. Por eso convirtieron este dormitorio alegre, que ocupaba Joseph, en cuarto de enfermo para mí, instalándole a él en otro. Y aquí he permanecido, señor Holmes, por espacio de más de nueve semanas, inconsciente y delirando de fiebre cerebral. De no haber sido por la señorita Harrison, aquí presente, y por los cuidados del médico, no estaría hablando con ustedes ahora. Ella me ha atendido día a día, y una enfermera de profesión me atendía durante la noche, porque en mis ataques de locura habría sido yo capaz de cualquier cosa. Mi razón se ha ido aclarando poco a poco, pero hasta estos últimos tres días no he recobrado por completo la memoria. A veces desearía que la hubiese perdido definitivamente. Lo primero que hice fue telegrafiar al señor Forbes, que tiene el caso en sus manos. El vino aquí y me aseguró que, a pesar de que se había hecho todo lo que era posible hacer, no se había encontrado ni asomo de pista alguna. Se había sometido al ordenanza y a su esposa a toda clase de interrogatorios, sin que se hubiese hecho la menor luz en el asunto. Las sospechas de la Policía recayeron en Gorot, al que, como usted quizá recuerde, trabajó aquella noche horas extraordinarias en la oficina A decir verdad, sólo dos puntos podían sugerir alguna sospecha sobre él: el haberse quedado después de la hora y su apellido francés: pero, a decir verdad, yo no empecé mi trabajo hasta después que él se

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

marchó, y, por otra parte, viene él de familia hugonote, pero es tan inglés por sus simpatías y tradiciones como podemos serlo usted y yo. Nada se descubrió que pudiera complicarlo de una manera u otra, y el asunto no pasó adelante. Recurro a usted, señor Holmes, como a mi última esperanza. Si usted me fracasa, puedo dar por perdidos para siempre mi honor y mi cargo.

El inválido se dejó caer sobre los almohadones, fatigado por aquella larga narración, y su enfermera le sirvió una copa de una preparación estimulante. Holmes permanecía callado, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, en actitud que quien no le conociese habría juzgado de indiferencia, pero que a mí me constaba que era señal de la más intensa concentración mental.

-Su exposición ha sido tan expresiva -dijo por último-, que me ha dejado realmente pocas preguntas por hacer. Hay, sin embargo, una de la mayor importancia.. ¿Dijo usted a alguna persona que tenía que quedarse a realizar esa tarea?

-A nadie.

-¿Ni siquiera a la señorita Harrison, por ejemplo?

-No. Entre la orden de realizar esa tarea y su ejecución, yo no regresé a Woking.

-¿Y no estuvo ninguno de sus familiares a visitarlo?

-Ninguno.

-¿Conocía alguno de ellos por dónde se iba hasta su despacho?

-¡Oh, sí!; a todos ellos se les había enseñado.

-Pero bueno, estas preguntas no vienen a cuento, ya que nada les había dicho usted acerca del Tratado.

-Nada les hablé.

-¿Tiene usted algunos informes acerca del ordenanza?

-Nada, fuera de que se trata de un veterano.

-En qué regimiento sirvió?

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-Lo he oído decir alguna vez, ¡ah, sí!, en los Coldstream Guards.

-Gracias. Estoy seguro de que Forbes me dará más detalles. Los funcionarios de Policía actúan de un modo excelente en reunir datos, aunque no siempre saben emplearlos ventajosamente. ¡Qué cosa más encantadora es la rosa!

Holmes pasó por delante del sofá para abrir la ventana, y colgó en las manos el tallo colgante de una rosa musgueña, poniéndose a contemplar la delicada combinación del granate y el verde. Fue aquélla una novedad en su manera de ser, porque hasta entonces no le había visto nunca interesarse por los productos de la Naturaleza.

-No hay nada en que sea tan indispensable la lógica como en la religión -dijo apoyando su espalda en los postigos de la ventana-. El buen razonador puede construirla igual que una ciencia exacta. A mí me parece que nuestra certidumbre suprema de la bondad de la Providencia está en las flores. Todas las demás cosas: nuestras facultades, nuestras ansias, nuestro alimento, son, en realidad, necesarios para nuestra existencia en primera instancia. Pero esta rosa constituye un extra Su aroma y su color son un embellecimiento de la vida, no condición indispensable de ella. Únicamente la bondad da más de lo obligado, y por eso digo que de las flores podemos derivar grandes esperanzas.

Percy Phelps y su enfermera miraban a Holmes durante este razonamiento con sorpresa y con mucha desilusión pintada en sus rostros. Holmes había quedado sumido en ensoñaciones, con la rosa entre sus dedos. Transcurrieron así varios minutos, hasta que la joven las cortó diciendo:

-¿Ve usted algunas probabilidades de aclarar este misterio, señor Holmes? -preguntó con un punto de esperanza en su voz.

-¡Oh, el misterio!-exclamó Holmes volviendo con un respingo a las realidades de la vida-. Bien, sería absurdo negar que el caso es abstruso y complicado, pero puedo prometerles que estudiaré el asunto y les comunicaré los extremos que pudieran llamarme la atención.

-¿Ve usted alguna pista?

-Usted me ha proporcionado siete: pero, como es natural, necesito ponerlas a prueba antes de que pueda dictaminar sobre su valor.

-¿Sospecha usted de alguien?

-Sospecho de mí mismo...

-¿Qué dice?

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-Por haber llegado con demasiada rapidez a establecer conclusiones.

-Pues entonces váyase a Londres y póngalas a prueba

-Ese es un consejo excelente, señorita Harrison -dijo Holmes levantándose-. Creo que nada mejor podemos hacer, Watson. Señor Phelps, no se abandone a falsas esperanzas. El asunto está muy embrollado.

-Estaré febril hasta volver a verlo a usted -exclamó el diplomático.

-Bien, vendré mañana con el mismo tren de hoy, aunque es muy verosímil que mi informe sea negativo.

-¡Que Dios le bendiga por esa promesa de venir! -dijo nuestro cliente-. El saber que se está haciendo algo me da nueva vida. A propósito, he recibido carta de lord Holdhurst.

-¡Ah, sí! ¿Y qué le dice?

-Me escribe con frialdad, pero no con aspereza. Quizá se ha abstenido de hacerlo pensando en mi enfermedad. Repite que el asunto es de máxima importancia, y agrega que no se tomará ninguna medida acerca de mi porvenir, con lo que alude, claro está, a mi despido, hasta que recobre la salud y haya tenido una oportunidad de reparar mi desgracia.

-Bueno, con ello se muestra razonable y considerado -dijo Holmes-. Vamos, Watson, que nos espera en Londres un buen día de trabajo.

El señor Joseph Harrison nos condujo en coche a la estación, y no tardamos en rodar hacia Londres en un tren de Portsmouth. Holmes marchaba sumido en profundos pensamientos y apenas si abrió la boca hasta después que pasamos el empalme de Clapham.

-Da gusto venir hacia Londres en una de estas líneas de alto nivel, que le permiten a uno mirar hacia abajo a las casas.

Creí que bromeaba, porque el panorama era bastante sórdido, pero no tardó en explicarse.

-Fíjese en esos grupos, aislados y voluminosos, de edificios que se alzan por encima de los tejados de pizarra, como islas de ladrillo en un mar color plomizo.

-Son los internados.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-¡Son faros, muchacho! ¡Lumbreras del futuro! Cápsulas que tienen dentro centenares de semillitas brillantes, de las que brotarán la Inglaterra más sabia y mejor del porvenir. Supongo, Watson, que este señor Phelps no será un bebedor.

-No lo creo.

-Ni yo tampoco. Pero nos es preciso calcular con todas las posibilidades. El pobre se ve metido, desde luego, en aguas muy profundas, y la cuestión estriba en que podamos sacarlo a la orilla ¿Qué le pareció la señorita Harrison?

-Una joven de mucho carácter.

-Sí, pero de la clase de las buenas, si no me equivoco. Ella y su hermano son hijos únicos de alguno de los magnates del hierro de allá, por Northumberland. Phelps quedó comprometido con ella durante un viaje que hizo el invierno pasado. Ella vino para que la conociesen los padres de él, y se trajo de acompañante a su hermano. En esto se produjo la catástrofe, y ella siguió en la casa para cuidar de su novio; su hermano Joseph, que se encontraba muy a gusto, se quedó también. Ya ve usted que he realizado algunas investigaciones por mi cuenta Pero el día de hoy tiene que estar dedicado a la investigación.

-Mi clientela... -empecé a decir, pero Holmes me interrumpió con alguna aspereza.

-Bueno, si a usted le parecen sus casos más interesantes que los míos...

-Lo que iba a decir es que mi clientela puede pasarse perfectamente sin mí un par de días, puesto que es la época de menos movimiento del año.

-Magnífico -me dijo, recobrando su buen humor-. Pues entonces investigaremos juntos este asunto. Creo que deberíamos empezar por visitar a Forbes. Es probable que nos proporcione todos los detalles que necesitamos hasta que hayamos decidido desde qué punto debemos abordar el problema.

-Dijo usted que tenía una pista.

-La verdad es que tenemos varias, pero únicamente realizando nuevas investigaciones podemos calibrarlas.

El crimen más difícil de rastrear es el que carece de móviles. Pero este de ahora no carece de ellos. ¿Quién se beneficia con él? Tenemos, de un lado, al embajador de Francia; del otro, al de Rusia; de otro, a quienquiera que pudiera vendérselo a uno de los dos, y tenemos a lord Holdhurst.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-¡Lord Holdhurst!

-Le diré. Es perfectamente concebible que un estadista llegue a encontrarse en una situación en que no le desagrade que sea destruido casualmente un documento de esa clase.

-Pero no un estadista del honroso pasado de lord Holdhurst.

-Siempre sería una posibilidad, y no podemos permitirnos el pasarla por alto. Mientras tanto, he puesto ya en marcha ciertas investigaciones.

-¿Ya?

-Sí, desde la estación de Woking envié telegramas a todos los periódicos de la tarde de Londres.

Aparecerá en ellos este anuncio.

Me alargó una hoja arrancada de un cuaderno de notas; en ella estaba garrapateado con lápiz

«Diez libras de recompensa-. Por el número del coche de alquiler que dejó un viajero en o cerca de la puerta del Foreign Office en Charles Street a las diez menos cuarto de la noche del 23 de mayo. Dirigirse 22 B, Baker Street.»

-¿De modo que usted opina que el ladrón llegó en un coche de alquiler?

-Si no es así, nada se habrá perdido. Pero si el señor Phelps está en lo cierto cuando afirma que ni en el despacho ni en los pasillos existe ningún escondite, no cabe duda de que la persona en cuestión tuvo que venir del exterior. Si vino del exterior en una noche tan lluviosa, y, sin embargo, no dejó en el linóleo rastro alguno de humedad, puesto que fue examinado pocos minutos después que él pasó, entonces hay grandes probabilidades de que viniese en un coche. Sí, creo que podemos deducir con bastante seguridad que vino en un coche.

-El razonamiento parece plausible.

-Esa es una de las pistas de que hablé. Pudiera ser que nos condujese a alguna parte. Tenemos, por otro lado, la de la campanilla, y ése es precisamente el rasgo más característico del caso. ¿Por qué tocaría la campanilla? ¿Tiró de ella el ladrón por pura fanfarronada? ¿O la hizo sonar alguien que estaba en compañía del ladrón y que quiso evitar el crimen? ¿Fue un simple accidente? ¿O acaso, acaso...?

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

Holmes volvió a sumirse en las reconcentradas y silenciosas meditaciones de que antes había salido a la superficie; pero a mí, que estaba acostumbrado a todos sus cambios de humor, me pareció que alguna posibilidad había aparecido súbitamente ante su imaginación.

Eran las tres y veinte cuando llegamos a la estación terminal, y después de almorzar rápidamente en el buffet, seguimos en el acto viaje hacia Scotland Yard. Holmes había telegrafiado ya a Forbes, y lo encontramos esperándonos. Era un hombre pequeño, astuto, de expresión aguda, pero que no tenía nada de simpática.

Nos recibió con marcada frialdad, especialmente cuando se enteró del asunto que allí nos llevaba, y dijo con algo de impertinencia

-Señor Holmes, he oído antes de ahora hablar de sus métodos. Usted está bastante dispuesto a servirse de los datos que la Policía pueda poner a su disposición, para luego dar fin usted mismo al caso y de esa manera desacreditamos.

-Todo lo contrario -dijo Holmes-; de mis últimos cincuenta y tres casos sólo se ha mencionado mi nombre en cuatro, y la Policía se ha llevado los honores en cuarenta y nueve. No lo censuro por ignorarlo, ya que es usted joven y falto de experiencia, pero si usted desea progresar en sus nuevas obligaciones, trabaje conmigo, y no contra mí.

-Me alegraría recibir algunas sugerencias-dijo el detective cambiando de actitud-. Hasta ahora, ningún honor me ha procurado este caso.

-¿Qué gestiones ha hecho usted?

-He hecho seguir constantemente la pista de Tangey, el ordenanza Se retiró del regimiento de Guardias con una buena hoja de servicios, y nada hemos podido descubrir que le sea perjudicial. Sin embargo, su mujer tiene poco que perder. Yo creo que sabe más de lo que aparenta.

-¿Ha puesto usted a alguien que le siga los pasos?

-Hemos dedicado a esa tarea a una de nuestras mujeres. La señora Tangey bebe, y nuestra agente alternó con ella en dos ocasiones en que estaba bien bebida, pero no consiguió sacarle nada

-He oído decir que tuvieron en casa a los agentes de embargo.

-Sí, pero le liquidaron la cuenta.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-¿De dónde sacaron el dinero?

-Por ese lado la cosa está clara El marido tenía que cobrar su retiro; no se ha visto indicio alguno de que les sobre el dinero.

-¿Qué explicación dio ella por haber acudido a la llamada del señor Phelps cuando éste pidió el café?

-Contestó que su marido estaba muy cansado y que ella quiso aliviarle de ese trabajo.

-Sí, esto concuerda, sin duda alguna, con el hecho de que un poco más tarde estuviese dormido en su silla.

De modo, pues, que lo único que hay en contra de esta pareja es la conducta de la mujer. ¿Le preguntó usted por qué razón se alejó tan de prisa aquella noche? Su precipitación hizo que el guardia se fijase en ella

-Se había retirado más tarde que de costumbre, y tenía prisa por llegar a su casa.

-¿Le hizo ver que usted y el señor Phelps llegaron a su casa antes que ella, siendo así que se pusieron en camino, por lo menos, veinte minutos después?

-Lo atribuye a la diferencia de ir en ómnibus o en coche hansorn.

-¿Explicó por qué, al llegar a su casa, se metió corriendo en la cocina de la parte de atrás?

-Adujo que era allí donde tenía el dinero para pagar a los agentes de embargo.

-Ya veo que, por lo menos, tiene una respuesta para todo. ¿Le preguntó si al retirarse del Ministerio se cruzó con alguien o vio a alguien vagabundear por Charles Street?

-No vio a nadie, fuera del guardia.

-Por lo que veo, ha interrogado usted bien a fondo. ¿Qué más ha hecho usted?

-Llevamos siguiéndole los pasos desde hace nueve semanas al empleado Gorot, pero sin resultado. No podemos aducir nada en su contra.

-¿Alguna otra cosa?

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-Pues la verdad, no tenemos nada más en qué basarnos para seguir adelante. No hay pruebas de ninguna clase.

-Ha formado usted alguna hipótesis sobre cómo pudo sonar la campanilla?

-Le confieso que ahí yo me pierdo. Quienquiera que fuese, debió de ser persona de sangre fría al ponerse a dar la alarma de aquella manera.

-Si, es una acción verdaderamente rara. Muchas gracias por todo lo que acaba de informarme. Si llego a encontrarme en situación de entregarles al individuo, recibirá usted noticias mías. Vámonos, Watson.

-¿Adónde nos dirigimos ahora? -le pregunté al salir de aquella oficina.

-Vamos a celebrar una entrevista con lord Holdhurst, ministro del Gabinete y futuro primer ministro de Inglaterra.

Tuvimos la suerte de que lord Holdhurst estuviese aún en sus habitaciones de Downing Street, y al entregar Holmes su tarjeta se nos hizo subir inmediatamente. El estadista nos recibió con la vieja cortesía que le distingue, y nos hizo sentar en dos espléndidos sillones, a uno y otro lado de la chimenea. En pie sobre la esterilla, entre nosotros dos, con su cuerpo alto y esbelto, su rostro de rasgos bien marcados y de expresión pensativa y sus rizados cabellos, teñidos prematuramente de gris, parecía la imagen viva de un tipo que no es demasiado corriente, el del aristócrata que es verdaderamente noble.

-Señor Holmes -dijo sonriente-, su nombre me es muy familiar. Como es lógico, no puedo simular ignorancia del objeto de la visita de ustedes. Sólo ha ocurrido un suceso en estas oficinas que puede atraer su atención. ¿Podría preguntarle en interés de quién actúa usted?

-En interés del señor Percy Phelps.

-¡Desdichado sobrino mío! Ya comprenderá que nuestro parentesco me hace todavía más imposible el servirle de pantalla de cualquier manera que sea. Me temo que este incidente ha de ser sumamente perjudicial para su carrera.

-¿Y si se recuperase el documento?

-¡Ah!, eso sería otra cosa.

-Yo traía preparadas una o dos preguntas que desearía plantearle, lord Holdhurst.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-Me será muy grato proporcionarle todos los informes que poseo.

-¿Fue en esta misma habitación en la que usted dio sus instrucciones relativas a la copia del documento?

-En ésta fue.

-¿Verdad que difícilmente pudo nadie escuchar sus palabras?

-Eso no puede ni siquiera pensarse.

-¿Mencionó usted a alguien su propósito de entregar el Tratado para sacar una copia del mismo?

-A nadie absolutamente.

-¿Está usted seguro de ello?

-Segurísimo.

-Bien, puesto que usted no se lo dijo a nadie, y tampoco se lo dijo el señor Phelps, y nadie sabía nada del asunto, sacaremos en consecuencia que el ladrón se encontró en la oficina de su sobrino de una manera casual. Vio la oportunidad y se apoderó del documento.

-Eso está ya fuera de mi terreno.

Holmes meditó un instante, y dijo:

-Hay otro punto importantísimo del que yo desearía hablarle. Tengo entendido que usted temía que se derivasen graves consecuencias del hecho de hacerse públicos los detalles de este Tratado, ¿no es así?

Por la expresiva cara del estadista cruzó una sombra.

-Gravísimas consecuencias, desde luego.

-¿Han ocurrido?

-Hasta ahora, no.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-Si el Tratado estuviese va en manos, pongamos por caso, de los ministerios de Relaciones Exteriores de Francia o de Rusia, ¿calcula que ese hecho llegaría a conocimiento de usted?

-Calculo que sí -dijo lord Holdhurst torciendo el gesto.

-Ahora bien: habiendo transcurrido diez semanas desde entonces, sin que usted haya tenido noticias de ese origen ¿seria ilógico suponer que el Tratado no llegó a sus manos, por la razón que sea?

Lord Holdhurst se encogió de hombros.

-Señor Holmes, es difícil suponer que el ladrón se apoderase del Tratado para colocarlo en un marco y colgarlo en la pared.

-Quizá espere que le mejoren el precio.

-Si espera que transcurra un poco más de tiempo, no sacará por él absolutamente nada. Dentro de algunos meses, el Tratado dejará de ser secreto.

-Eso es importantísimo -dijo Holmes-. Naturalmente que es también posible que el ladrón haya caído víctima de una súbita enfermedad.

-¿De un ataque de fiebre cerebral, por ejemplo? -preguntó el estadista clavando en Holmes una rápida mirada.

-Yo no he dicho eso -contestó Holmes imperturbable-. Bien, lord Holdhurst, ya le hemos quitado una parte demasiado grande de su valioso tiempo, y le daremos los buenos días.

-Les deseo éxito completo en su investigación, sea quien sea el criminal -contestó el aristócrata al despedirnos en la puerta con una inclinación.

-Es un hombre magnífico- dijo Holmes cuando salíamos a Whitehall-. Pero tiene que sostener una lucha para mantenerse a tono con su posición. No es rico, ni mucho menos, y tiene que hacer frente a muchas exigencias. ¿Se fijó usted en que se ha hecho poner medias suelas en las botas? Bueno, Watson, no quiero impedirle por más tiempo que se dedique a sus legítimas ocupaciones. Nada más haré por hoy, a menos que reciba alguna contestación a mi anuncio relativo al coche de alquiler. Pero le quedaría sumamente agradecido si me acompañase mañana a Woking en el mismo tren que tomamos hoy.

Me reuní con él a la mañana siguiente, tal como habíamos convenido, y nos trasladamos juntos a Woking. Me dijo que no había recibido contestación alguna a su anuncio, y que

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

ninguna nueva luz había venido a proyectarse sobre el caso. Holmes sabía revestirse, cuando él quería, de la absoluta inmovilidad de rostro de un piel roja, y no pude en esta ocasión deducir de la expresión del suyo si se hallaba satisfecho o no de la marcha del caso. Recuerdo que su conversación versó acerca del sistema de medidas de Bertillon y que no recató su entusiástica admiración hacia el sabio francés.

Encontramos a nuestro cliente bajo el cuidado de su solícita enfermera pero con un aspecto mucho mejor que la otra vez. Se levantó del sofá y salió a recibimos sin dificultad cuando nosotros entramos.

-¡Hay alguna noticia? -preguntó con ansiedad.

-Tal como esperaba, mi informe es negativo -dijo Holmes-. He visto a Forbes, he hablado con el tío de usted y he puesto en marcha un par de mecanismos de investigación que quizá nos conduzcan a alguna parte.

-¿No se ha desanimado usted, según eso?

-De ninguna manera.

-¡Que Dios le bendiga por esas palabras! -exclamó la señorita Harrison-. Si conservamos nuestro ánimo y nuestra paciencia, la verdad se abrirá paso al fin.

-Nosotros tenemos más cosas que contarle a usted, que usted a nosotros -dijo Phelps volviendo a sentarse en el sofá.

-Ya calculaba que tendría algo que contarme.

-Sí, nos ha ocurrido durante la noche una aventura, que además pudo haber tenido serias consecuencias.

A medida que hablaba fue revistiéndose de gravedad y apareció en sus ojos algo muy semejante al miedo.

-¿Sabe usted que empiezo a creer que soy el centro inconsciente de alguna conspiración monstruosa y que está en juego mi vida, lo mismo que mi honor?

-¡Hola! -exclamó Holmes.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-Suena a cosa increíble, porque, que yo sepa, no tengo un solo enemigo en el mundo. Sin embargo, es la única conclusión que puedo sacar de lo que me ha ocurrido la pasada noche.

-Cuéntemelo, haga el favor.

-Es preciso que sepa usted que la noche pasada ha sido la primera que he dormido sin enfermera en este cuarto. Me sentía tan mejorado, que creí que podría pasar sin ella. Sin embargo, dejé encendida una mariposa. Pues bien: serían las dos de la mañana, y yo dormía profundamente, cuando me despertó súbitamente un ruido ligero. Se parecía al que hace un ratoncillo que roe una tabla, y permanecí algunos momentos escuchando, convencido de que, en efecto, ésa era la causa. Pero fue creciendo de volumen, y de pronto me llegó de la ventana un chasquido metálico, seco. Me senté en la cama atónito. Ya no cabía duda de qué clase de ruidos eran aquéllos. Los débiles habían sido producidos por alguien que estaba pasando a la fuerza un instrumento por la rendija de los dos armazones de la ventana, y el segundo, al hacer presión sobre el pestillo empujándolo hacia atrás. Sobrevino entonces una pausa, que duró unos diez minutos, como si el que andaba allí estuviese dando tiempo para ver si el ruido me había despertado. Acto continuo oí un suave crujido, como si abriesen despacito la ventana. No pude aguantar más, porque mis nervios ya no son los de antes. Salté de mi cama y abrí de par en par los postigos. Había un hombre agazapado en la ventana. Huyó como una exhalación, y apenas si distinguí algo de él. Iba embozado en una especie de capa que le tapaba la parte inferior del rostro. De una sola cosa estoy seguro; a saber de que llevaba algún arma en la mano. Me pareció un cuchillo largo. Vi con claridad su brillo cuando se volvió para correr.

-Esto está interesantísimo -dijo Holmes-. Dígame, ¿qué hizo usted entonces?

-Si hubiese estado más fuerte, le habría seguido, saltando por la ventana abierta. En mi situación, tiré del llamador de la campanilla y desperté a la casa. Me llevó algún tiempo, por que la campanilla suena en la cocina y los criados duermen en el piso alto. Sin embargo, grité, y esto hizo que acudiese Joseph, y Joseph despertó a los demás. Joseph y el lacayo encontraron huellas en el macizo de flores que hay en la parte de fuera de la ventana, pero en los últimos días ha hecho un tiempo tan seco, que le resultó imposible seguir la pista por la cespedera. Sin embargo, en la valla de madera que bordea la carretera hay un sitio, según me han informado, que parece indicar que alguien se encaramó para saltar al otro lado, y al hacerlo rompió un trozo de la parte superior. Nada he comunicado aún a la Policía local; me pareció que sería mejor escuchar antes la opinión de usted.

El relato de nuestro cliente pareció haber producido un efecto extraordinario en Sherlock Holmes. Se levantó de la silla y se paseó por la habitación presa de un nerviosismo irreprimible.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-Las desgracias nunca vienen solas -dijo Phelps sonriéndose, aunque saltaba a la vista que su aventura le había amilanado un poco.

-De luego, usted ha tenido ya su parte en cuestión de desgracias -dijo Holmes-. ¿Se siente con fuerzas para dar conmigo una vuelta alrededor de la casa?

-Claro que sí. Me gustaría tomar un poco el sol. Jo seph vendrá también.

-Y yo -dijo la señorita Harnson.

-Perdóneme, pero usted no -le contestó Holmes moviendo negativamente la cabeza-. Tengo que suplicarle que permanezca donde está, sin moverse para nada de aquí.

La joven volvió a sentarse con expresión descontenta. Pero su hermano se había reunido con nosotros, y echamos a andar los cuatro juntos. Nos dirigimos contorneando la cespedera a la parte exterior de la ventana del diplomático. Había, en efecto, y según él había dicho, ciertas huellas en el macizo de flores, pero estaban irremediablemente borrosas y confusas. Holmes se inclinó un instante para examinarlas, pero en seguida enderezó el cuerpo, encogiéndose de hombros.

-No creo que nadie sea capaz de sacar gran cosa de esto -dijo-. Demos un paseo alrededor de la casa y veamos por qué razón eligió el ladrón esta ventana precisamente. Yo diría que esas ventanas de la sala y del comedor, que son más amplias, habrían debido atraerle más que aquélla.

-Pero ésas son más visibles desde la carretera -apuntó el señor Jo seph Harrison.

-¡Ah, sí!, desde luego. Aquí hay una puerta que también pudo intentar abrir. ¿A qué está destinada?

-Es la de los proveedores. Como es natural, se cierra por la noche.

-¿Han sufrido ustedes en alguna ocasión una alarma de esta clase?

-Nunca -contestó nuestro cliente.

-Guardan ustedes en la casa objetos de plata o algo capaz de atraer a los ladrones?

-Nada que tenga mucho valor.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

Holmes fue paseando lentamente alrededor de la casa con las manos en los bolsillos y un aire despreocupado que no era habitual en él.

-A propósito -dijo Holmes a Jo seph Hamson-, tengo entendido que usted ha descubierto el sitio por el que parece que el individuo en cuestión escaló la valla. Vamos a echar allí una ojeada.

El joven nos condujo hasta el lugar en que había sido resquebrajada una de las maderas de la valla. Un trozo pequeño de la misma había quedado colgando. Holmes lo arrancó y lo examinó con mirada crítica.

-De modo que usted cree que esto fue hecho anoche? Da la impresión de que es cosa bastante vieja, ¿no le parece?

-Sí, es posible.

-No hay rastro alguno de que alguien haya saltado desde este al otro lado de la valla. Bueno , estoy creyendo que de aquí no vamos a sacar nada. Volvamos al dormitorio y vamos a pasar revista a la situación.

Percy Phelps caminaba muy despacio y apoyándose en el brazo de su futuro cuñado. -Holmes cruzó rápidamente el campo de césped, y llegamos a la ventana del dormitorio, que estaba abierta, mucho antes que los otros dos.

-Señorita Harrison -le dijo Holmes, poniendo en sus palabras la máxima expresión-, es indispensable que no se mueva en todo el día de donde está. No debe ausentarse de aquí por nada ni por nadie en todo el día. Es de la más vital importancia.

-Lo haré, señor Holmes, si es ése su deseo -contestó ella atónita.

-Y cuando usted se retire para acostarse cierre la puerta de este dormitorio con llave, y llévesela usted. Prométame que lo hará.

-¿Y Percy?

-Vendrá con nosotros a Londres.

-Y yo, ¿no he de acompañarle?

-Es preciso por el bien del señor Phelps. ¡Usted puede actuar en favor suyo! ¡Rápido! ¡Prométamelo!

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

Ella le contestó con un cabeceo de asentimiento en el instante mismo en que llegaban los otros dos.

-Por qué te estás ahí dormitando, Annie? -le gritó su hermano-. ¡Ven aquí afuera a tomar el sol!

-No; gracias, Jo seph. Me duele un poco la cabeza y en esta habitación hace un frescor delicioso y reconfortante.

-¿Qué propone usted ahora, señor Holmes? -preguntó nuestro cliente.

-Pues que no perdamos de vista la investigación más importante por dedicarnos a este otro asunto secundario. Sería para mí una grandísima ayuda el que pudiera usted trasladarse con nosotros a Londres.

-¿Ahora mismo?

-Cuanto antes le sea cómodo. Pongamos de aquí a una hora.

-Me siento ya fuerte, si de veras puedo servirle de ayuda.

-Puede servirme de grandísima ayuda.

-¿Desea quizá que pase allí la noche?

-Se lo iba precisamente a proponer.

-De ese modo, si el amigo de la noche pasada me hace otra visita, se encontrará con que el pájaro ha volado. Nos hemos puestos todos en sus manos, señor Holmes, y debe usted decirnos exactamente lo que desea que hagamos. Quizá prefiera usted que nos acompañe Jo seph, a fin de que cuide de mí. -

-¡Oh, no!; ya sabe que mi amigo Watson es médico. El le cuidará. Almorzaremos aquí, si usted nos lo permite, y luego saldremos los tres para Londres.

Todo se dispuso según Holmes había indicado, aunque la señorita Harrison se disculpó y no salió del dormitorio, de acuerdo con la promesa hecha a Sherlock. No se me ocurría cuál pudiera ser la finalidad de los manejos de mi amigo, como no tratase de mantener a la joven alejada de Phelps. Este, alegre al sentirse mejor de salud y por la perspectiva de entrar en acción, almorzó con nosotros en el comedor. Sin embargo, Holmes nos preparaba una sorpresa todavía mayor, porque después de acompañarnos hasta la estación y de vernos

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

instalados en nuestro coche, me anunció tranquilamente su propósito de no abandonar Woking.

-Sólo hay uno o dos puntos que yo desearía aclarar antes de marcharme -dijo-. Su ausencia puede, en cierto modo, serme útil, señor Phelps. Watson, yo le ruego que cuando lleguen a Londres se dirija inmediatamente con nuestro amigo en coche a Baker Street y no se muevan de allí hasta que yo me presente. Es una suerte que sean ustedes viejos compañeros de escuela, porque tendrán mucho que hablar.

El señor Phelps puede ocupar por esta noche la habitación que queda libre, y yo me reuniré con ustedes a tiempo para el desayuno, porque hay un tren que me llevará a Waterloo a las ocho.

-Pero ¿y esa investigación que íbamos a realizar en Londres? -preguntó Phelps tristemente.

-La podremos llevar a cabo mañana. Creo que, de momento al menos, puedo ser más útil aquí.

-Dígales en Briarbrae que espero estar de regreso mañana por la noche -exclamó Phelps cuando empezamos a alejarnos del andén.

Phelps y yo hablamos del asunto durante el viaje, pero ninguno de los dos pudimos dar con una razón que explicase satisfactoriamente este nuevo giro de la situación.

-Yo me imagino que lo que desea es seguir alguna pista relacionada con el intento de escalo de la noche pasada, si es que, en efecto, se trataba de un ladrón, Yo, por lo menos, creo que no era un ladrón corriente.

-¿Qué es, pues, lo que crees?

-La verdad, y atribúyelo, si quieres, a mis nervios, creo que se está tejiendo en torno mío una profunda intriga política, y que, por razones que no se me alcanzan, los conspiradores buscan mi vida Esto suena a cosa absurda y desorbitada, pero fíjate en los hechos. ¿Para qué iba a. intentar un ladrón introducirse violentando la ventana en un dormitorio en el que no tenía ninguna esperanza de encontrar cosa de valor, y para qué había de venir armado de un largo cuchillo?

-.Estás seguro de que no era uná palanqueta de ladrón de casas?

-¡Oh, no!; era un cuchillo. Distinguí con toda claridad el brillo de la hoja.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-Pero ¿por qué diablos habrían de perseguirte con tal saña?

-¡Ahí está precisamente la cuestión!

-Pues entonces, si Holmes opina lo mismo que tú quizá eso explicaría estas medidas suyas ¿no te parece? Suponiendo que tu hipótesis fuese acertada, si él consigue echarle el guante al individuo que te amenazó la noche pasada, llevaría adelantado mucho para descubrir quién fue el ladrón del Tratado. Es absurdo el suponer que tengas dos enemigos: uno que te roba, mientras que el otro atenta contra tu vida

-Pero el señor Holmes nos dijo que él no iba a Briarbrae.

-Yo le conozco desde hace algún tiempo, y nunca le he visto hacer nada sin tener sus buenas razones para ello -le contesté, y nuestra conversación derivó hacia otros temas.

Fue para mí un día aburrido, Phelps se encontraba débil de su larga enfermedad, y sus desgracias lo traían nervioso y propenso a quejarse. Intenté en vano despertar su interés hablándole del Afganistán, de la India, de las cuestiones sociales, de todo cuanto pudiera apartar su pensamiento de su obsesión. Siempre volvía él a su perdido Tratado, haciendo preguntas, barruntos y cábalas sobre lo que estaría llevando a cabo Holmes, sobre los pasos que daría lord Holdhurst, sobre cuáles serían las noticias que recibiríamos a la mañana siguiente. A medida que avanzaba la noche, su excitación se fue haciendo dolorosa.

-¿Tienes fe absoluta en Holmes? -me preguntó.

-He sido testigo de algunos hechos suyos extraordinarios.

-¡Pero nunca habrá aclarado ningún problema tan oscuro como éste!

-¡Oh, sí; le he visto resolver asuntos que presentaban muchas menos pistas que este tuyo!

-¡Pero en ninguno de ellos estarían en juego intereses de tal importancia!

-Eso lo ignoro, aunque sé a ciencia cierta que ha actuado en favor de tres casas reinantes en Europa, y que se trataba de asuntos de importancia vital.

-Claro que tú lo conoces, Watson. Es un individuo tan inescrutable, que nunca sé yo a qué atenerme con él.

¿Crees que tiene esperanzas? ¿Piensas que espera conseguir un éxito en este asunto?

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-No me ha dicho una palabra.

-Esa es una mala sena!.

-Todo lo contrarío, mi experiencia me enseña que cuando anda despistado lo dice. Cuando se muestra de veras taciturno es cuando sigue un husmillo y no está absolutamente seguro de que es el verdadero. Pero bueno, querido compañero, nosotros no arreglaremos el problema con nuestro nerviosismo. Te suplico, pues, que te acuestes, para que el día de mañana te encuentre de buen temple, traiga para nosotros lo que traiga.

Logré, por último, convencer a mi compañero de que siguiese mi consejo, si bien comprendí, por su visible excitación, que era mucho esperar el que se durmiese. A decir verdad, resultó el suyo un humor contagioso, porque yo también me pasé media noche dando vueltas en la cama, sin poder apartar mi pensamiento de aquel extraño problema, intentando un centenar de teorías, a cuál más imposible. ¿Por qué motivo se había quedado Sherlock Holmes en Woking? ¿Por qué le había pedido a la señorita Harrison que no se moviese en todo el día del dormitorio del enfermo? ¿Por qué había tomado tales medidas a fin de que los habitantes de Biarbrae no se enterasen de que él quedaba en el pueblo? Me estrujé la sesera buscando una explicación que abarcara todos esos hechos, hasta que caí dormido.

Eran las siete cuando me desperté, dirigiéndome en el acto a la habitación de Phelps, encontrando a éste ojeroso y agotado, después de una noche de insomnio. Su primera pregunta fue si Holmes había llegado.

-Lo tendremos aquí a la hora que nos prometió -le contesté-. Ni un minuto antes ni después.

Mis palabras resultaron ciertas, porque inmediatamente después de las ocho frenó delante de la puerta un coche del que se apeó nuestro amigo. Vimos mirando por la ventana que traía la mano izquierda vendada y que su cara estaba ceñuda y pálida Entró en la casa, pero tardó un ratito en subir por la escalera.

-Trae aspecto de hombre vencido -exclamó Phelps.

No tuve más remedio que confesar que así era, en efecto.

-Después de todo -dije-, es probable que la clave del asunto se encuentre en Londres.

Phelps dejó escapar un gemido, y dijo:

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-No sé por qué, pero yo tenía puestas grandísimas esperanzas en su regreso. Pero ¿verdad que ayer no tenía la mano vendada de ese modo? ¿Que ha podido ocurrir?

-¿Está usted acaso herido, Holmes? -le pregunté a mi amigo cuando entro en la habitación.

-¡Bah! no es más que un rasguño que se debe a torpeza mía -contestó, dándonos los buenos días con una inclinación de cabeza-. Este caso suyo, señor Phelps, es, sin disputa, uno de los más oscuros de cuantos me ha tocado investigar.

-Me temí que resultase superior a sus fuerzas.

-Ha sido ésta una notable experiencia.

-Ese vendaje delata aventuras -le dije yo-. ¿No quiere decirnos qué es lo que ha ocurrido?

-Después que nos desayunemos, mi querido Watson. Tenga presente que he venido respirando los aires de Surrev durante treinta millas esta mañana. Me imagino que no habrá habido contestación a mi anuncio para los cocheros, ¿verdad? Bueno, bueno; es demasiado pedir ganar siempre.

La mesa estaba puesta ya, y en el momento en que yo me disponía a tirar del llamador de la campanilla entró la señora Hudson con el té y el café. Algunos minutos más tarde trajo los cubiertos, y los tres

nos sentamos a la mesa: Holmes, hambriento, yo, lleno de curiosidad, y Phelps, en el más negro estado de abatimiento.

- La señora Hudson se ha puesto a la altura de la situación -dijo Holmes quitando la tapadera a una fuente de pollo en salsa-. Su cocina es poco variada, pero tiene el mismo concepto que una escocesa de lo que debe ser un buen desayuno. ¿Qué tiene usted ahí, Watson?

-Jamón con huevos -le contesté.

-¡Perfectamente! ¿Qué le apetece, señor Phelps: aves en salsa, huevos, o es que prefiere servirse usted mismo?

-Gracias. No me apetece nada -dijo el señor Phelps.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-¡Por favor! Mire, vea si le agrada eso que hay en la fuente que tiene delante.

-No, gracias; prefiero no comer nada.

-Pues entonces -le dijo Holmes con sonrisa maliciosa- supongo que, por lo menos, no tendrá inconveniente en servirme a mí de esa fuente.

Phelps levantó la tapadera, y al hacerlo dejó escapar un grito y se quedó inmóvil, mirando atónito y con la cara tan blanca como la fuente misma que contemplaba. En el centro de la misma veíase un rollo pequeño de papel gris azulado. Le echó mano, lo devoró con los ojos, y luego se puso a bailar como un loco por la habitación, apretándolo contra su pecho y lanzando chillidos de alegría hasta que cayó en un sillón, tan agotado y exhausto por sus propias emociones, que tuvimos que verterle aguardiente en la boca para impedir que se desmayase.

-¿Bueno está! ¡Bueno está! -dijo Holmes, dándole palmadas cariñosas en el hombro-. He obrado mal en soltárselo de esa manera; pero Watson, aquí presente, le -dirá que no acierto a prescindir de una pincelada de dramatismo.

Phelps le cogió la mano y se la besó, exclamando:

-¿Que Dios le bendiga! Me ha salvado usted el honor.

-Sí, pero tenga en cuenta que yo me jugaba el mío -dijo Holmes-. Le aseguro que a mi me resulta tan odioso el fracasar en un caso como a usted cometer una pifia en un encargo oficial.

Phelps se guardó el precioso documento en el bolsillo más recóndito de su chaqueta.

-No tengo alma para retrasar por más tiempo su desayuno, pero me estoy muriendo de ganas de saber cómo se hizo con el documento y dónde se encontraba éste.

Sherlock Holmes se echó al cuerpo una taza de café y luego se dedicó al jamón con huevos. Acto continuo se levantó, encendió su pipa y se acomodó en su silla.

-Empezaré por contarles lo que hice, y a continuación por que- lo hice. Después de despedirme de ustedes en la estación di un encantador paseo, cruzando un admirable paisaje de Surrey, deteniéndome en una linda aldeíta llamada Ripley, donde me hice servir el té en un mesón, y luego, como medida de precaución, llené mi frasco y metí en el bolsillo un paquete de bocadillos. Me quedé allí hasta anochecido, y entonces volví a salir para Woking. Poco después- de la puesta del sol me encontraba en la carretera de la parte de fuera de la finca de Briarbrae. Pues bien: esperé a que la carretera quedase desierta, aunque

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

creo que nunca debe de estar muy concurrida, y trepé por encima de la cerca, metiéndome en la finca.

-¿Por qué, si la puerta cochera estaría abierta? -se le escapó decir a Phelps.

-Caprichos que yo suelo tener en estas cosas. Elegí el sitio en que se yerguen los tres abetos y, cubierto por ellos, avancé sin peligro de que pudiera verme nadie desde la casa; me agazapé entre los arbustos que hay al otro lado, y seguí a gatas pasando dé uno a otro, como lo atestigua el calamitoso estado de mis rodilleras, hasta que alcancé el grupo de rododendros que hay frente por frente a la ventana de su dormitorio. Una vez allí, me acurruqué y esperé los acontecimientos. No estaba echada la cortina de su habitación, y veía a la señorita Harrison. que leía sentada a la mesa. A las diez y cuarto cerró el libro, aseguró los postigos y se retiró. Oí cómo cerraba la puerta, y tuve la seguridad de que lo había hecho con llave.

-¿Con llave? -exclamó sin poderse contener Phelps.

-Sí, yo le había dado instrucciones a la señorita Harrison de que cuando se retirase a acostar cerrase por fuera y se llevase la llave. Cumplió a la letra con cuanto yo le dije, y desde luego, de no haber contado con su colaboración, no tendría usted ahora el documento en el bolsillo de su chaqueta. Se retiró, pues, se apagaron las luces, y yo quedé agazapado en el bosquecillo de rododendros. La noche era hermosa, pero, con todo, la vigilia fue por demás fatigosa Claro que una espera así tiene esa especie de emoción que siente el deportista que, tumbado cerca de la corriente de aire, espera la pieza de caza mayor. Sin embargo, resultó larguísima, casi tanto, Watson, como cuando usted y yo esperamos en el cuarto de la muerte al perseguir la solución del problema de La banda de lunares. Allá en Woking, había un reloj de iglesia que daba los cuartos de hora, y en más de un momento llegué á creer que se había parado. Pero, al fin, a eso de las dos de la madrugada, oí de pronto el suave ruido de un cerrojo que se coma hacia atrás y el crujir de una llave. Un instante después se abrió la puerta de la servidumbre y apareció bajo la luz de la luna el señor Jo seph Hamson.

-¡ Jo seph! -exclamó Phelps.

-Traía la cabeza descubierta, pero se había echado sobre los hombros una capa, para poder taparse en un instante la cara, si alguien daba la alarma Avanzó de puntillas a la sombra del muro de la casa, y cuando llegó a la ventana metió un cuchillo de hoja larga por la rendija de los ventanillos y empujó hacia atrás el enganche. Abrió aquéllos, y luego metió el cuchillo entre los postigos, levantó la barra y.los abrió de par en par. Desde donde yo estaba dominábase perfectamente el interior de la habitación, y yo veía todos sus movimientos. Encendió un par de velas que hay encima de la repisa de la chimenea y acto continuo se puso a levantar la esquina de la alfombra cerca de la puerta. Más tarde se

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

agachó y levantó un trozo cuadrado de tarima, como el que es corriente dejar para que los fontaneros puedan tener acceso a las puntas de las tuberías del gas. El trozo en cuestión cubría la junta en forma de T, de la que arranca la tubería que sirve a la cocina, que cae debajo. De ese escondite extrajo ese pequeño rollo de papel, volvió a encajar la tarima, dejó la alfombra como estaba antes, apagó las velas y cayó en mis brazos, porque le estaba esperando de la aparte de afuera de la ventana. Pero e! señorito Joseph es hombre de peores intenciones de lo que yo creía. Me tiró tres cuchilladas, y tuve que derribarlo dos veces sobre la hierba antes de poder dominarlo. Me produje un corte en los nudillos. Cuando terminamos la cosa, solamente veía él por un ojo, pero en esa mirada se leía el asesinato. Sin embargo, atendió a razones y me entregó el documento. Una vez éste en mi mano, lo dejé marcharse, pero esta mañana telegrafié todos los detalles a Forbes. Si él se da prisa suficiente y apresa a su pájaro, santo y bueno. Pero si, como yo me lo malicio, encuentra el nido vacío para cuando llegue allí, tanto mejor para el Gobierno. Yo me imagino que el señor Phelps, por un lado, y lord Holdhurst, por otro, prefirirían con mucho que el asunto no llegue ni siquiera al tribunal correccional.

-¡Santo Dios! -dijo sin aliento casi nuestro cliente-. Pero ¿me quiere usted decir que durante esas diez largas semanas de agonía el documento robado no dejó de estar conmigo en el mismísimo cuarto?

-Así es.

-¡Y Joseph! ¡Joseph, un bandido y un ladrón!

-¡Ejem! Me temo que el carácter de Joseph sea más profundo y peligroso de lo que cualquiera juzgaría guiándose por las apariencias. Por lo que me ha dicho esta mañana, yo calculo que ha sufrido fuertes pérdidas especulando con valores, y que no parará en barras para mejorar su situación económica. Como es un hombre totalmente egoísta, al presentársele una ocasión no consintió que la felicidad de su hermana o la reputación de usted le impidiesen obrar

Percy Phelps se dejó caer sobre el respaldo del asiento, y dijo:

-Se me va la cabeza. Las palabras de usted me han dejado atónito.

-La principal dificultad que presentaba el caso de usted es que existían demasiados datos -comentó Holmes con su estilo didáctico-. Lo vital se hallaba oscurecido y oculto por lo subalterno. De todos los hechos que se nos presentaban teníamos que quedarnos con los que estimábamos esenciales, para luego unirlos en su orden, reconstruyendo así esa notabilísima cadena de acontecimientos. Yo empecé a sospechar de Joseph por lo siguiente: usted tenía el propósito de hacer esa noche el viaje con él hasta su casa, y era, por consiguiente, muy verosímil que él fuese a buscarlo de paso para la estación.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

Cuando supe por usted que alguien tenía tan gran interés en entrar en su dormitorio, en el que nadie sino Joseph pudo haber escondido algo (usted nos dijo en su narración que Joseph tuvo que trasladarse a otro dormitorio cuando llegó usted con el médico), mis sospechas se transformaron en certidumbre, sobre todo porque la tentativa tuvo lugar la primera noche que faltó la enfermera, lo que demostraba que el intruso conocía bien lo que ocurría en la casa

-¡Qué ciego he estado!

-Lo ocurrido, hasta donde yo he podido reconstruir los hechos, es esto: Josep Harrison entró en el edificio por la puerta de Charles Street y, como conocía el camino, fue derecho hacia el despacho de usted, en el que entró momentos después que usted lo abandonó. Al no encontrar allí a nadie tiró del llamador de la campanilla, y en ese preciso momento sus ojos se posaron en el documento que había encima de la mesa.

Le bastó una ojeada para comprender que la casualidad había puesto en su camino un documento de Estado de inmenso valor. Rápido como el relámpago, se lo metió en el bolsillo y desapareció. Como usted recordará, transcurrieron algunos minutos hasta que el adormilado ordenanza llamó su atención hacia la campanilla, y ésos le bastaron al ladrón para llevar a cabo su fuga. Marchó a Woking con el primer tren y, después de examinar su botín y de convencerse de su inmenso valor, lo ocultó en lo que creyó que era un lugar seguro, con el propósito de sacarlo de allí uno o dos días después para llevarlo a la Embajada francesa o al sitio en que juzgó que se lo pagarían espléndidamente. Pero usted se presenta de pronto y él se ve echado del cuarto que ocupaba, sin que desde ese momento hubiese nunca menos de dos personas presentes en el mismo, siéndole por ello imposible recuperar su tesoro. La situación debió de ser como para volverlo loco. Por fin creyó llegada su oportunidad. Intentó entrar subrepticiamente, pero se vio chasqueado por lo ligero del sueño de usted. Como recordará, esa noche no tomó usted su medicina habitual.

-Lo recuerdo.

-Yo opino que él había tomado medidas para que la medicina tuviese eficacia esa noche, y que contaba con encontrarlo a usted inconsciente. Yo me dije, como es natural, que repetiría su tentativa en cuanto pudiera hacerlo sin peligro. La ausencia de usted le proporcionó la ocasión que deseaba. Hice que la señorita Harrison no se moviese de allí en todo el día, para que él no se nos anticipase. Después de haberle hecho creer que la costa estaba libre, monté guardia, según ya les he dicho. Yo sabía que el documento se encontraba probablemente dentro de la habitación, pero no quería hacer levantar el entarimado y los zócalos para buscarlo. Le dejé, pues, apoderarse del papel vigilándolo desde mi escondite, y de ese modo me ahorré un trabajo molestísimo. ¿Falta algún otro punto por esclarecer?

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

-¿Y por qué en la primera ocasión probó a entrar por la ventana, siendo así que podía haber entrado por la puerta?

-Porque para llegar a la puerta habría tenido que pasar por delante de siete dormitorios. Por otra parte, le era facilísimo salir a la cespedera. ¿Algo más?

-Pero seguramente que no llevaría el propósito de asesinarme. ¿Qué opina usted? Pensó servirse del cuchillo únicamente como herramienta.

-Quizá tenga usted razón -contestó Holmes encogiéndose de hombros-. Lo que yo puedo asegurar es que el señor Harrison es un caballerito de cuya compasión no me gustaría, ni muchísimo menos, tener que depender.

© RinconCastellano 1997 – 2011 ■ www.rinconcastellano.com

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual). Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.